



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 12.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

La mujer, por D. Sebastian Perez y Aguado.—**Una herencia de llanto**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El Soldado**, poesia, por D. J. Leal y Maruquen.—**La Imágen milagrosa**, por D.^a Ángela Grassi.—**Seccion para los niños: Dos flores de un mismo tronco**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER.

SU APTITUD PARA LAS CIENCIAS, LA LITERATURA
Y LAS ARTES.

(CONCLUSION).

¿La aptitud científica y literaria de la mujer, es inferior á la del hombre?

En la Didáctica, Ana Barbauld y Ester Chaponne por sus *Tratados de Moral*.

En Principios de Educacion, Juana Campan; y Adela Dufrenoy, muy elogiada del conde de Segur y del poeta Beranger.

En la Novela, Ana Radcliffe se hizo notable por la imaginacion fuerte que despliega en todas sus obras, por el vivo interés que ofrecen, por cier-

tos caracteres trazados con valentia, por el terror misterioso llevado al mas alto grado, sin valerse, como en otras muchas obras del mismo género, de medios completamente inverosímiles; por un estilo vigoroso, y en fin, por las bellas descripciones que la autora ha prodigado, sin embargo, con exceso. No se crea por esto que elogiamos las doctrinas todas vertidas en estas obras, y especialmente en la del *Confesionario de los Penitentes Negros*, que conceptuamos peligrosa en manos de la inexperta juventud. No es menos notable Sofía Cottin en su *Clara de Alba*, por la elegancia y la facilidad del estilo, la sencillez de la accion, la intriga admirablemente conducida, el enlace no forzado de las situaciones, y sobre todo, la sensible gradacion de un amor apasionado que subyuga á los amantes y concluye por perderlos.

En Poesía se han hecho igualmente célebres Cristina de Pisan por la nobleza de sentimientos, y la ternura y la gracia de un verdadero poeta. Clara de Anduza, por lo ingenioso y delicado de sus giros. Carlota Bouret por la elegancia y pureza del estilo, la buena eleccion de los asuntos y la delicadeza de los pensamientos. María de Calages por la nobleza y energía que contrasta

mucho con el mal gusto de su época. Juana de Segla por la dulzura, naturalidad, gracia y espontaneidad. Luisa Brachman por una sensibilidad tierna y profunda y una dulce melancolía. Ballard, coronada varias veces en los juegos florales. Madama Deshoulières, cuyos idilios son de un mérito tan reconocido, que algunos se ven citados como modelos de perfección. Carlota Smit se ha hecho también célebre por sus sonetos, que dieron lugar al nuevo género de poesía llamado *Soneto elegíaco*, en el que si bien ha tenido muchos imitadores, ninguno ha igualado al modelo, especialmente en la gracia de la expresión y en la delicadeza de los sentimientos.

En Poesía Dramática es muy célebre Isabel Incbald por la exacta pintura de las costumbres, caracteres perfectamente delineados, intriga bien conducida, un diálogo fácil, chistoso y natural, y la moral mas pura.

Y si aun no bastan estos ejemplos para convencerse del indiscreto desden y la marcada injusticia con que se juzga á la mujer en este género de literatura, evoquemos las sombras del insigne Homero; del Cran Racine y del tan elogiado Píndaro: aparezcan aquí y apostrofémosles: Vos Homero, decid, ¿de dónde sacásteis las bellezas mas notables de vuestros dos inmortales poemas? Confesad, por más rubor que os cueste, que las tomásteis de la inspirada Dafne, por lo cual se os acusa de plagio. Venid, Racine, confesad también la misma culpa y decid que con ligerísimas variaciones os apropiásteis en vuestra *Fedra* los versos mas dichosos de la poetisa de Tolosa. Y vos, Píndaro, publicad vuestra derrota repetida, cinco veces en los certámenes de poesía de Tébas, por la llamada *Musa lírica*, vuestra rival Corina. Callad enhorabuena, porque así os conviene, que no pudisteis soportar resignadamente vuestra derrota por una mujer; y que no bastándoos la cabeza apelásteis al corazón, prodigándola mil injurias y lo mismo á los jueces del certámen.

En Pintura se han hecho memorables Irene de Spilimberg, contemporánea y émula de Ticiano, de la cual es comun opinion que sus cuadros se equivocaban frecuentemente con los del inmortal artista. Victoria Jacotot, aventajada pintora en porcelana, que dió á la fábrica de Sevres la celebridad que todavia conserva; y de quien decia Luis XVIII que si Rafael volviese al mundo la tendria envidia. María Tintorella, cuyos lienzos se consideraban en aquella época al nivel de los del Ticiano. También nos ofrecen ejemplos de ingenio y habilidad Magdalena Basseport, pintora de plantas, flores y pájaros; madama Cadet en esmalte; María Beale en retratos; Juana

Hoerten en pintar á la acuarela, hizo popular su nombre en toda Europa. Luisa Casalina, de la cual se conservan muchos cuadros en las iglesias de Bolonia; Juana y Rosalba Carrera son célebres por sus cuadros al pastel y retratos en miniatura; y no lo es menos Sofonisba, ciega en sus últimos años, de quien Vandik decia: «*Que habia recibido mas luces de una ciega que de su maestro.*» Y por último, ¿quién desconoce en nuestros dias las copias de los bellísimos cuadros de Rosa Bonheur, premiada con ochenta mil francos en la primera Exposicion universal de Paris?

En el Grabado son muy dignas de citarse por su relevante mérito Isabel Blakwel y Eugenia Beer; Juana Hoerten por sus grabados sobre el cristal; y María y Juana Ozanne, por la delicadeza de su buril en sus apreciabilísimas obras *Vistas del puerto de Liorna, de Dieppe, de San Valerio; el Tiempo sereno; las Postas flamencas* y otras muchas.

En Escultura compiten con los mas eminentes artistas Juana Hoerten, por sus estatuas y frutas de cera. Luisa Roldan por la modestia que daba á las imágenes de la Virgen, por la gracia á los niños Jesus y por la propiedad á los pastores; y sobre todo, por la estatua de San Miguel, que hizo para el monasterio del Escorial, que mereció grandes elogios de los profesores, la admiracion de la corte, y que el Rey la nombrase su escultora de cámara. Propercia Rossi immortalizó su nombre con sus inimitables obras. Sus primeros ensayos fueron en miniatura. Esculpió en un bajo relieve en un hueso de albaricoque por un lado los doce apóstoles, y por el otro muchos santos; pero la escultura mas preciosa fue la que representaba la pasión de J. C., distinguiéndose en tan limitado espacio un gran número de figuras diferentes, perfecta y artísticamente colocadas. Ensayándose despues en otras mayores, esculpió para la fachada de San Petronio en Bolonia dos estatuas que fueron la admiracion de los inteligentes.

Y para concluir, en la Música citaremos solamente á las incomparables como pianista María Bigot, discípula de Haydn y Bethoven y superior á ellos; y como cantante Leonor Barony, de quien dice un viajero: «*Oyéndola, los sentidos se enagenan de manera que se olvida uno de su condicion mortal para creerse entre los ángeles, gozando al parecer del contento de la bienaventuranza.*»

Ya hemos visto que los ejemplos expuestos de las mujeres que han brillado en las ciencias, la literatura y las artes, vienen á desmentir el juicio que de ellas se tiene formado, considerándolas

las de menor aptitud científica que el hombre. Y no se arguya en tono de triunfo que entre todas las mencionadas no pueden citarse genios que igualar puedan á un Leibniz, un Newton y un Descartes, porque como antes dijimos no hay exactitud en la comparacion. La educacion que en todos tiempos se ha dado á la mujer, la ha privado de las ocasiones en que pudiera revelar al mundo los tesoros de su inteligencia, que con ellas han ido sin desarrollarse á sepultarse en la tumba. Admitaselas á las carreras científicas y literarias; deselas participacion en las honrosas distinciones con que se premian el talento y la aplicacion, y veremos salir á raudales del entendimiento de la mujer el oro de Ofir, las perlas del Indostan y los diamantes de Golconda. El hombre, por el contrario, cultiva sus facultades intelectuales, las convierte en medios de subsistencia; y sin embargo, fuerza es confesarlo, esos genios inmortales que el mundo admira son tan raros, y es tan tardía su reaparicion, que mas bien parecen brillantes meteoros que para iluminar los horizontes de la ciencia necesitan el trascurso de muchos siglos. ¿Qué extraño, pues, que en situaciones tan distintas sea mas reducido el número de las mujeres célebres; y que en las ciencias de puro raciocinio no puedan presentar rivales de esos bien raros ingenios, que llegaron á dominar la naturaleza para arrancarle los mas insondables secretos?

Si hubiésemos de juzgar por el resultado de una simple observacion, la cuestion quedaria tal vez resuelta á favor de la bella mitad de nuestra especie, porque ¿quién no ha visto en ella una imaginacion mas rica, y percepcion mas pronta y profunda que en el hombre?

Repetidísimos ejemplos pudiéramos presentar de la rectitud y brillantez de sus facultades reflexivas. Aquidamia, hija de Cleoménés, rey de Esparta, con su prudencia y sabiduria, salvó su patria de la dominacion persa. Catalina I de Rusia, con su habilidad exquisita, libertó tambien á Pedro el Grande y á su ejército de una derrota inevitable, cuando estaba cercado por los turcos en las márgenes del Prut. Darío tuvo el desastre de Salamina, por no seguir los consejos de su aliada Artemisa que se lo predijo. La distinguida escritora Inés de la Cruz era la consultora de los vireyes que iban á Méjico en todos los asuntos graves; y Albina, señora Romana, segun dice San Gerónimo, aunque era su discípula, la tenia mas bien por un juez que resolvía sus dudas sobre muchos puntos del sagrado texto.

Citémos por último á la distinguida escritora Jacoba Guillaume, cuyo privilegiado talento y

vasta instruccion se revela en su obra: «*El sexo femenino sobrepuja en todas las cosas al sexo masculino*,» sustentando esta antítesis con tan buenas y fuertes razones, que le valieron su celebridad en Francia.

Y no se diga que estas mujeres son una excepcion muy rara, y que por lo mismo nada significan en la comparacion que nos ocupa, pues que entonces seríamos interminables, si hubiéramos de referirnos á otras que se han distinguido por sus preclaros talentos, por su cordura y prudencia y extremada habilidad.

Reasumiendo, diremos que si la mujer nos ha dado en todos tiempos múltiples pruebas de sus asombrosas disposiciones para las ciencias, las artes y la literatura: si es una verdad que por carecer de educacion no han podido en tanto número ceñir sus sienes la aureola de gloria que rodea la de los preclaros varones que el mundo admira; y si la simple observacion nos dice que sus facultades perceptivas sobrepujan las del hombre, no hay razon alguna para que nos conceptuemos superiores á ella. Mientras la Antropología no venga á terciar en el debate, á convencernos con razones convincentes de la verdad de la proposicion que se discute, seamos justos; pues que á mi ver solamente la injusticia es la que puede sostener en tanto que LA APTITUD CIENTÍFICA Y LITERARIA DE LA MUJER ES INFERIOR Á LA DEL HOMBRE.

Sebastian Perez y Aguado.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

Cuando Andrea volvió de su paseo matinal con Adriana, su precioso rostro tenia una expresion pensativa y preocupada, ajená á sus años y á su carácter.

Separóse de su jóven señora y penetró en su modesta estancia sola aun, pues como habia dicho muy bien, su padre tardaria muchas horas en volver del bosque.

Con una actividad y una lijereza inconcebibles desempeñó sus quehaceres domésticos; arregló su pequeño cuarto y removiendo la ceniza del hogar, añadió dos ó tres troncos para disponer la comida.

Ninguna de estas cotidianas tareas pudo, sin embargo, separar de su pensamiento la escena que habia presenciado.

Y era que Andrea, huérfana cuando contaba muy pocos años, solo habia encontrado cariño y

proteccion y amparo en la jóven Adriana, á quien profesaba un cariño sin límites, una especie de adoracion, un culto que la hubiera obligado á dar por ella su vida y su felicidad.

La señorita de Avendaño, aunque poco mayor que Andrea, la habia prodigado toda la solitud, todo el cariño que la pobre huérfana perdiera al morir su pobre madre.

Adriana, buena y generosa por excelencia, habia tomado á Andrea bajo su proteccion desde que se instalara en su casa.

Ella habia cultivado su inteligencia enseñándole sus primeras oraciones, y mostrándole sus deberes primeros.

Ella la habia cuidado al verla enferma.

Ella la habia consolado, enjugando sus pueriles lágrimas, y cuando Martin alguna vez habia vuelto embriagado, dispuesto á maltratar á su hija, Adriana, á la primera palabra, habia estado allí para defenderla siempre.

Ella, en fin, y á pesar de sus pocos años, habia sabido sembrar en el alma de la niña la semilla del bien y la virtud, y como la gratitud es una de las cualidades primeras del corazon, Andrea profesaba á su protectora un agradecimiento capaz de recompensar cuanto de ella habia recibido.

Por eso aquella mañana al ver que esta sufria, al mirar sus ojos llenos de lágrimas, habia llorado tambien, y ahora, en la soledad de su cuarto meditaba sin cesar en aquel misterio que no entendia, pero que hacia sufrir á su señora.

—¿Quién será ese hombre? murmuraba; quién será ese hombre, y sobre todo, por qué dirá que no puede casarse con la señorita, siendo ella tan hermosa, tan buena, tan rica?

La pobre Andrea no hallaba la solucion de este problema, por mas que meditaba y daba tormento á su imaginacion.

—¿Si tendrá familia? se preguntaba; si tendrá familia ó su nombre será tan oscuro que no satisfaga á mi señor? si habrá cometido algun crimen, estará huyendo y perseguido, y por eso.... Vamos, yo necesito averiguar algo: necesito ir casa de mi prima Teresa y preguntarle cuanto sepa acerca de ese señor Armando, por quien llora mi señorita. Sí, sí, iré esta tarde: yo tengo buenas piernas, y en cuanto mi padre coma y salga de nuevo, tengo tiempo suficiente para llegar y volver: Teresa me quiere mucho, y luego ¿por qué no se ha de fiar de mí, para contarme cuanto sepa? ¿qué recelos le puedo yo inspirar? ¿por qué no me ha de enseñar toda la casa, y una vez dentro de ella, quién asegura que no pueda averiguar algo? es cosa resuelta y nada diré hasta que logre mi deseo.

Andrea, decidida á realizar su proyecto, solo esperó con afán la llegada de su padre para llevarlo á cabo, y su impaciencia crecía á la par que pasaba el tiempo.

Al fin las doce dieron en el reloj de la quinta, y las sonoras campanadas llevaron su eco metálico hasta los linderos del bosque.

Era la hora del descanso y del alimento, y ninguno de los trabajadores dejaba de escucharla nunca.

Aquel día, sin embargo, Martin tardó mas que otras veces, pero por fin apareció á la entrada de su hogar.

Andrea se mordió los labios al verle, y en sus expresivas facciones se pintó un gesto de disgusto.

El aspecto de su padre denotaba una completa embriaguez.

No era por cierto la vez primera que la niña le veía entrar de aquel modo, y sintió algo de vergüenza y de terror.

Martin solia golpear á la pobre niña cuando el vino trastornaba su razon.

Aquel día habia bebido mas que nunca sin duda, pues sus miradas estaban completamente extraviadas, y sus labios apenas podian formular una frase.

Andrea, temblando, le acercó una pequeña mesa, que cubrió con un blanco mantel, y le sirvió su modesta comida, sentándose á su vez al lado de su padre.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL SOLDADO.

Hace tres años, madre,

¡Qué triste día!

Tú gritando—¡hijo mio!

Yo—¡madre mia!

Nos separamos.

¡Qué terrible momento!

¡Cuánto lloramos!

Desde entonces conservo

Como un tesoro,

Sobre mi frente enjuta

Tu triste lloro.

Quiero guardarlo,

Madre, porque en mi frente

Vuelvas á hallarlo.

Escucha, madre mia;

Cuando en la marcha,

Bajo mis plantas cruje

La fría escarcha,

Y el raudo viento

Murmura en mis oídos
 Ronco lamento,
 Pienso que tú temblando
 De hambre y de frío,
 Moribunda me gritas:
 —¡Ven, hijo mío!
 Y á tu agonía
 Respondo yo gritando:
 —¡Voy, madre mía!
 Y corro hácia la cumbre
 De la montaña,
 Creyendo ver el humo
 De tu cabaña.
 ¡Locas ficciones!
 No hay mas humo que el humo
 De mis visiones!
 ¿Sabes lo que es la guerra?
 Lo sabes madre.
 Murió en ella tu esposo,
 Murió tu padre;
 Los enterraron
 Léjos—¡hasta sus tumbas
 Te arrebataron!
 Yo también de la guerra
 Sigo el destino,
 Cantando mis dolores
 Por el camino.
 ¡Quiera la suerte
 Que en el camino oscuro
 No halle la muerte!
 Han dejado tu alma
 Rota en pedazos;
 Te han robado mis besos
 Y mis abrazos.
 La guerra, madre,
 Roba el padre á los hijos,
 Hijos al padre.
 Acaso moriremos,
 Yo en la pelea,
 Tú en la pobre cabaña
 De nuestra aldea,
 Sin mas consuelo
 Que volver á besarnos
 Allá en el cielo.
 Mas cuando al cielo subas,
 Desde el vacío
 De la noche, me gritas:
 —¡Ven, hijo mío!
 Y antes del día
 Oirás que te respondo
 —¡Voy, madre mía!

J. Leal y Maruquen.

LA IMÁGEN MILAGROSA.

Cuando los sarracenos invadieron la península, también clavaron su orgullosa media luna sobre el Puig de Rialp, cerro altísimo que descuella en la pintoresca Cataluña, pero sus habitantes tascaban á duras penas el funesto yugo. Un joven pastor, llamado Mallent, se puso á la cabeza de un puñado de valientes para defender á su patria de la invasion extranjera.

Un día, desbandada su pequeña tribu, perseguido por los sectarios de Mahoma, se escondió en una profunda cueva.

La cueva estaba llena de estalácticas tan maravillosas que despedían los mas brillantes resplandores, y á su reflejo Mallent descubrió una efigie del Niño-Dios, que sin duda una mano piadosa habia escondido en aquel sitio.

La cueva fué convertida por él y por sus compañeros en capilla, y desde entonces les sonrió la victoria. Mas tarde, desalojados de todas partes los sarracenos, Mallent mandó construir en aquel sitio una soberbia fortaleza, y no se olvidó de construir también en una de sus torres una capilla destinada á albergar la imagen milagrosa. Mandó venir á los artistas mas afamados de la época, los cuales hicieron un Nacimiento para colocar en él la sagrada efigie; Nacimiento que era una verdadera maravilla del arte, lleno de figuritas de marfil primorosamente esculpidas, con ropajes de seda bordados de oro y de piedras preciosas.

Habian pasado muchos siglos desde entonces, y en todos estos siglos ningun año se habia omitido el mas leve detalle de la piadosa ceremonia instituida por Mallent, y fielmente respetada por sus sucesores.

En la Noche-buena, al primer canto del gallo, se abrían de par en par las puertas del castillo, y el señor, seguido de su servidumbre, se encaminaba á la cueva, á donde se habia trasladado de antemano la imagen milagrosa. Allí se oficiaba la misa, y luego todos se dirigían á un cercano bosque, en el cual se veían tres largas mesas cubiertas de vinos y manjares. El señor, que costeaba la cena, la servía por sí mismo á sus vasallos, fraternizando de este modo con ellos en nombre del Dios de los pequeños. Concluido el acto, volvía procesionalmente al castillo, precedido por el cura, que llevaba la veneranda efigie para colocarla otra vez en el Nacimiento, siendo admitidos todos sin distinción á admirar la portentosa obra.

Bien hubiera querido orillar esta costumbre el avaro y orgulloso D. Ramon Mallent, que al es-

pirar el siglo XVII era el señor del castillo; pero en aquella época, Luis XIII amenazaba ampararse de toda Cataluña, invadida ya por sus tropas, y aquel temió en tan difíciles circunstancias enajenarse el amor de sus vasallos.

Así, pues, cuando llegó la Noche-buena de aquel año, y cuando el canto del gallo anunció que eran las doce, se abrieron, como siempre, las puertas del castillo.

Delante venia D. Ramon, llevando á su izquierda á su hija Alicia, y á la derecha al buen párroco de la aldea, que era al mismo tiempo capellan de su casa. Detras venian las dueñas, los pajes, los escuderos, aquellos con hachones encendidos, estos armados de todas armas. Los aldeanos cerraban la comitiva, cantando villancicos y agitando las ramas de las plantas aromáticas cogidas en los bosques.

Es imposible imaginar nada mas bello, nada mas pintoresco que aquella procesion al traves de los campos, ya perdiéndose detras de los matorrales, ya atravesando por medio de los bosques, cuyo ramaje, trasparenteándose al fulgor de las antorchas, esparcia en torno una claridad verde y misteriosa.

Llegaron á la cueva, cuyas hermosísimas estalácticas, iluminadas con la luz que despedían infinitas lámparas de plata, formaban mil cambiantes, y despues de oír la misa se dirigieron al bosque, en donde estaban preparadas las mesas y en donde empezaron las danzas y los cantos.

Pero de repente las voces enmudecieron, enmudecieron los ecos de las zampoñas, y hasta el cierzo y las fuentejillas callaron para dejar oír un canto tan suave y melodioso, que parecían notas escapadas de las cítaras divinas.

—¡Silencio, es Conrado! exclamaron de todas partes.

—¡Ven, Conrado, ven! gritó el buen Pastor de aquellos fieles.

Conrado descendió lentamente de un otero; era un niño de once años; pero pálido, débil, enfermizo.

—¡Canta, canta! exclamaron las mujeres, y te daremos con que enciendas una lámpara sobre el sepulcro de tus padres.

El niño hizo vibrar de nuevo las cuerdas de su laud, y cuando concluyó el canto todas las mejillas estaban inundadas de lágrimas.

Conrado era huérfano: sus padres se habian dormido uno en pos del otro en brazos de la muerte dejándole abandonado. De constitucion endeble, no podia dedicarse á ningun género de trabajo; pero cuando la brisa era templada y el hie-lo se deshacia, bajaba hasta Talarn para desempeñar mil comisiones; otras veces se ocupaba en

recojer yerbas aromáticas y plantas medicinales; por último, cuando sus fuerzas agotadas no le permitian hacer nada de esto, se sentaba al borde del camino y cantaba con una magia igual á la de las sirenas, por cuanto los viajeros se sentían atraídos hácia aquel sitio, y nunca se alejaban sin darle una limosna.

Pero aquella noche de júbilo era de tristeza para el pobre niño, que no veía á sus padres sentados al comun banquete. Cuando finalizó su canto, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y el laud resbaló sobre la fresca yerba.

—¡Vuelve á cantar, mendigo! gritó el señor de Mallent con rudo acento.

El niño no respondió, ni podia responder: estaba casi desmayado.

Alicia era una buena alma; corrió á él, y acercó á sus labios su misma copa de oro.

Pero la accion de su hija exasperó la cólera de Mallent, quien prorumpió en improperios contra el pobre niño.

—Señor, se apresuró á decir el bondadoso sacerdote; reparad que Conrado está débil y enfermizo.

—Entonces, ¿para qué sirve en el mundo? repuso brutalmente D. Ramon.

—¡Ah, señor! ¿qué decís? exclamó el buen Pastor, ¿olvidáis que una sola gota de agua puede hacer rebosar un vaso, que un solo grano de arena puede hacer inclinar la balanza divina hácia un lado ú otro, que basta un solo grano de incienso á perfumar los altares del Eterno?

—Que cante, ó le hago colgar al momento de esta encina; interrumpió con voz furibunda D. Ramon.

El niño, vivificado con el suave licor, cogió el laud y le arrancó dulces y embriagadores sonidos, que repitieron á lo lejos todos los ecos del monte.

Largo rato hacia que habia cesado de cantar, cuando aun los circustantes callaban, embriagados por aquellas notas que agitaban dulcemente las almas, como el céfiro agita las aguas de un límpido riachuelo sin robarles su tersura.

Despues, mientras los pastores volvieron á sus juegos y á sus danzas, Conrado, cuya mente estaba ofuscada por los vapores del vino, se durmió soñando con sus padres.

No era precisamente sueño lo que le embargaba, sino un profundo estupor, al través del cual veía y oía de un modo confuso cuanto pasaba en torno.

De pronto creyó escuchar estas palabras, pronunciadas en voz baja:

—Luis XIII, dueño de la Cerdaña y el Rosellon, quiere poseer á todo trance ese castillo, que

es la llave de Puigcerdá, y dará una magnífica recompensa al que mañana haga ondear su bandera en la mas alta de sus torres. Hay una mina oculta que conduce desde una caverna hasta la capilla; ¿cuánto quereis por abrir la puerta que desde la capilla comunica con los corredores del castillo, y franquear el paso á los franceses que seguirán mis huellas?

—La cabeza de mi amo, respondió una voz conocida; la posesion de Alicia, y tres de los ocho grandes arcones llenos de oro y plata que encierran los subterráneos.

Conrado quiso ver al que pronunciaba estas palabras, pero sus ojos solo distinguian opacas sombras. Entonces, de entre estas sombras le pareció ver surgir al Niño-Dios, rodeado de querubines y nadando en un océano de luz, el cual le decia con voz dulcísima:

—Anda, Conrado, anda, vé con los demás á la capilla, ocúltate en un confesonario, y cuando llegue la hora del peligro, muestra á tu orgulloso señor que los niños, electrizados por la fé, pueden obrar portentos; anda, Conrado, anda, yo voy contigo.

El niño se levantó, corrió al alcance de la procesion que ya estaba muy lejos, entró con ella en la capilla y se ocultó en un confesonario. Despues todos se retiraron, y quedó solo: solo con las efigies de los santos que proyectaban una inmensa sombra. El niño tuvo miedo.... habian dejado una lámpara encendida, cuya luz opaca aumentaba, en vez de disminuir, la lobreguez de aquel recinto. Conrado encendió una antorcha; pero su llama titilante iluminaba los objetos con un resplandor rojizo y misterioso que acrecentaba su espanto:

Pasaron las horas; horas interminables, de las cuales cada minuto era un siglo de martirio para el pobre niño.

—Rezaré por mi padre y por mi madre, se dijo en medio de su angustia, y ellos me protegerán.

Y se arrodilló, y oró con todo el fervor de un alma amante y atribulada.

De repente le parece oír un lejano rumor. ¡Son pisadas que se acercan, que se acercan!... Ve moverse una de las grandes losas del pavimento y asomar por el agujero una cabeza...

Conrado se esconde detrás del Nacimiento y observa.

Trascurren algunos segundos, se abre la puerta de la capilla y aparece otro hombre que se dirige hácia el primero; es el traidor, es Beltran, el escudero favorito de su amo.

¿Qué hará, qué puede hacer Conrado, pobre niño?

Si le ven, perece; mas ¿qué importa?

Conrado se abalanza á la puerta, cierra, arroja las llaves en el Nacimiento, y amparándose de la antorcha, la agita en todas direcciones.

Tan rápida, tan imprevista, tan extraordinaria fué la accion, que cuando los traidores quisieron impedirla, ya las llamas habian devorado las colgaduras y culebreaban por las paredes.

—¿Qué intentas? gritaron corriendo, ciegos de furor, hácia el niño.

—Que perezamos los tres, antes que el pabellon enemigo ondee en nuestros montes; respondió enérgicamente Conrado cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Tú morirás, tú! exclamó el escudero asustando un puñal á su garganta.

El niño herido cayó bañado en sangre sobre el pavimento.

—Déjale, dijo el francés al escudero, que se preparaba á secundar el golpe, no hay tiempo que perder. Busca tú las llaves; yo sacudiré la puerta. Mis secuaces están ahí... oigo sus pasos, un minuto de retardo y nos perdemos todos.

Pero la puerta no cedió, las llaves no se encontraron... Tal vez un sobrenatural terror cegaba los ojos del sacrilego.

Y entre tanto, la llama gigantesca subia, subia y lamiendo la cornisa se abrió paso por el techo, mientras el humo formaba una espesa niebla.

—Ya está esparcida la alarma, gritó el escudero despavorido. Oigo una confusa gritería.... ¡huyamos!....

Y ambos se abalanzaron á la losa entreabierta, pero tan ciego iba Beltran, que queriendo pasar el primero, perdió el equilibrio, y rodó por la escalera hasta el fondo del abismo. Los franceses le abandonaron, huyendo precipitadamente al otro lado de los montes.

Cuando los pastores y los habitantes del castillo, dominando el incendio, pudieron penetrar en la capilla, vieron á Conrado de pié detrás del Nacimiento, único lugar que habia sido respetado por las llamas. Su pecho brotaba sangre; pero sus labios sonreian.

Contó el suceso, señaló la losa que habia quedado abierta, y el cadáver de Beltran patentizó la verdad del hecho.

—Señor, dijo el venerable sacerdote á D. Ramon cuando Conrado fué conducido en triunfo á su presencia; un niño os ha salvado de la muerte, ha salvado el honor de vuestra hija, os ha conservado vuestros bienes, ha impedido que todo el Puigcerdá cayese en poder del enemigo. Aprended á no despreciar jamás al débil; aprended á bendecir á Dios en los mas humildes de los seres y en la mas pequeña de sus obras.

El señor de Mallent no respondió; abrazó lleno

de rubor á Conrado y le llamó su hijo.

Desde aquel instante lo fué en efecto. Le envió á estudiar á Cervera, y el niño, que abrazó la teología, conquistó tal gloria en las letras, que hoy repiten su nombre con orgullo los ecos de Cataluña.

Por lo demás, el señor de Mallent hizo reconstruir la capilla, distribuyó todo el oro que contenían tres de sus arcones entre los pobres, y durante toda su vida rindió un fervido culto al Dios Niño, que es el Dios de los humildes.

Ángela Grassi.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

DOS FLORES DE UN MISMO TRONCO.

Era una calinosa y ardiente mañana de Agosto, á mediados del siglo III.

Los primeros rayos de un sol blanquecino y sin brillo, fueron á resbalar en las ventanás de una casa de modesta apariencia, situada en la calle mas retirada y silenciosa de la tranquila ciudad de Alcalá de Henares.

Aquella luz, penetrando por los postigos, abiertos aun, para dejar paso á las brisas del amanecer, fué á herir las pupilas de un hermoso niño, que contaria apenas doce años de edad, y que despertó haciendo un brusco movimiento, y llevando una mano á los ojos para cubrirlos de aquella viva claridad.

Pasaron unos cortos instantes, y lanzándose del lecho,

—Ya es tarde sin duda, exclamó: me he dormido, y el sueño me ha impedido estudiar mis lecciones, para que mi madre quede contenta de mí, cuando me separe de ella para ir á la escuela. ¡Oh! es preciso aprovechar el tiempo perdido.

Y con una expresion de contrariedad en el semblante, tomó sus ropas colocadas en un taburete, junto á su cama, y se vistió con rapidez.

Antes de terminar esta tarea, dirigió una mirada á un extremo de la estancia, y contempló á otro niño mas pequeño que él, pues acababa de cumplir los siete años, que sonreía entre sueños, pensando acaso en el cielo.

Aquel niño era muy hermoso, y su hermano, porque hermanos eran ambos, le miró con inmenso cariño, y fué á entornar los postigos para que aquel inocente reposo no fuese turbado aun.

Los rubios cabellos del ángel dormido, descompuestos y revueltos por los movimientos del sueño, caían en desiguales rizos sobre su frente de nieve, y sus brazos, desnudos y fuera de las ropas por el exceso del calor, eran torneados,

redondos y de una blancura nítida y trasparente.

La paz de la inocencia, la alegría de la niñez estaban retratadas en aquel infantil semblante, tan cándido y tan nacarado como una rosa de los Alpes.

—Pastor no necesita levantarse aun, murmuró Justo, que este era el nombre del mayor de los niños, andando de puntillas para no molestar á su hermano; él estudió anoche, y ademas sus lecciones son mas faciles que las mías; dejémosle, pues, que repose aun.

Y cogiendo de su entreabierta cartera sus libros de estudio, hizo la señal de la cruz y fué á sentarse junto á la luz, donde pasó algun tiempo, entregado á su lectura.

Así transcurrió un largo rato.

Un angustioso gemido vino á sacarle de su abstraccion, y alzando la vista, fijó una interrogadora mirada en el niño que dormía.

Á través de los cerrados párpados de su hermano, rodaban lentamente algunas cristalinas lágrimas, y de sus labios de ángel se escapaban inarticulados sonidos y sollozos llenos de angustia.

Sus manecitas se habian plegado sobre el pecho, como implorando misericordia, y todas sus hermosas facciones estaban descompuestas por el horror de su pesadilla.

—Pastor, Pastor, gritó azorado Justo, ¿qué tienes? ¿por qué suspiras de ese modo?

El niño se agitó aun mas en medio de su sueño; luchó un instante aun con las sombras que envolvian su mente, y haciendo un violento esfuerzo,

—¡Perdon! gritó, ¡perdon! ¡no me mateis!

—Hermano, hermano mio, despierta por Dios! exclamó Justo moviendo los brazos del niño y hablando casi á su oído.

Pastor abrió los ojos espantado y fijó una mirada en su hermano; pero en aquella mirada habia tal expresion de terror, que Justo le estrechó en sus brazos diciéndole con dulce acento:

—Nada temas; estás aquí conmigo, estás en casa, nuestra madre está abajo, y aquí, junto á nuestras camas, está la Santísima Virgen velando por tí.

Un hondo y dilatado suspiro fué la respuesta de Pastor, que dirigió en torno sus ojos como para asegurarse de que eran una verdad las palabras que acababa de escuchar.

—¡Oh! ¡qué sueño! porque ha sido un sueño, ¿es cierto, Justo?

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.